

Un día se presentó cerca de Harberton, seguramente á causa de las constantes persecuciones que sufrían en el norte de la Tierra del Fuego, un grupo de indios onas desconocidos en estas regiones. La familia Bridges los recibió desde un principio amistosamente, y adoptando con ellos un procedimiento enérgico al par que afable, no tardó en pactar con ellos, procurándose para su colonia cooperadores baratos y de fácil manejo.

Cuando fuí á Harberton, hacía algunos años que había muerto el viejo Bridges, pero sus diligentes sucesores continuaban aumentando los rendimientos de la más floreciente colonia del canal de Beagle. Constantemente se encontraban entonces en Harberton buen número de familias onas que vivían en sencillas chozas de madera ó, según su primitiva costumbre, en tiendas de pieles, esparcidas por toda la región.

Estas familias no podían, sin embargo, considerarse como fijas en Harberton; pues, en cuanto les atacaba la fiebre errante, se marchaban á través de las cordilleras hacia el norte, pasando por el lago de Fagnano. Aunque continuamente ocurrían estas deserciones, los hermanos Bridges habían poco á poco trabado relaciones con todos los onas del sur del Río Grande, y nunca les faltaban buenos y económicos trabajadores. Frugal alimentación, algunas prendas de ropa de vez en cuando y un jornal muy reducido era todo lo necesario para retribuir á los onas, que trabajaban mucho y que, por otra parte, parecían estar muy satisfechos.

Poco á poco, los jóvenes hermanos Bridges habían extendido sus excursiones desde los alrededores más cercanos de la colonia hacia el norte de la cordillera.

Sirviéndose de algunos onas como guías, atravesaron

la cordillera por el paso, que era el camino de los indios, y que en mi esbozo de mapa he denominado con el nombre de «Paso de los Onas», raza que va extinguiéndose. Los activos colonos pasaron por la extremidad del lago de Fagnano hasta la costa este, al sur del Río Grande, y como encontraron allí un territorio disponible á propósito para el pastoreo de ovejas, efectuaron el maravilloso y gigantesco trabajo de hacer un camino de herradura á través de toda la región llena de bosques, de costa á costa.

Cuando llegué el 15 de septiembre á Harberton, comenzaron á presentarse los primeros indicios de la primavera. En la orilla estaba ya el suelo descubierto, pero en los bosques había profundas masas de nieve acumulada durante aquel invierno, que tué uno de los más rigurosos que se recordaban.

Mi intención era llevar conmigo el bote de lona, provisiones y otro equipo en un trineo, que había sido construido durante nuestra estancia en Port-Stanley, por el tercer piloto del «Antártico», Reinholdz.

Mis compañeros de viaje fueron: el joven marinero Wengersgaard, que había desembarcado conmigo del «Antártico», y dos indios que mister Despard había escogido para que nos sirvieran de guías. Era uno de estos un hombre todavía joven, jefe de familia, con dos mujeres, llamado Anikin, verdadero nombre de ona; su compañero, Modesto, era más joven y tenía nombre español, lengua que hablaban los hermanos Bridges con los indios.

Estos dos onas, que habían de guiarme y servirme durante el viaje al lago de Fagnano, distaban mucho de ser los servidores que yo necesitaba, discretos y obedien-

tes á la ley según el concepto de los europeos; al contrario, desconocían completamente la disciplina social, aunque tal vez precisamente estas cualidades llenaban



Hombre ona manejando el arco.

mejor los requisitos morales de su raza en cuanto á honradéz é inteligencia.

Entre las innumerables tribus en que está dividida la raza ona, existen antiguas rivalidades. El motivo origen de las colisiones era á veces tan remoto que había caído en olvido; pero proseguía la mortal venganza siempre furiosa y mortífera en los bosques vírgenes como una necesidad invencible de aquella raza de hombres, magní-



En marcha hacia una montaña de hielo durante la mañana del 21 de noviembre.

fica en su salvaje libertad, raza que disminuye con rapidez mediante los delicados presentes que les hacen los hombres civilizados: balas de Winchester, tisis y otras enfermedades infecciosas.

La tribu de Anikin y Modesto tenía también enemigos en los bosques, al norte del lago de Fagnano. Estos indios del norte, como los llamaré para diferenciarlos de los otros, habían dado muerte á dos hombres de la raza ona. Esto no tenía nada de extraordinario y no hubiera, sin otros motivos, dado origen á una lucha tan violenta como la que siguió. Pero corrió entre los indios nómadas el rumor, que llegó hasta la tribu de Anikin y Modesto, de que las mujeres de los indios del norte habían robado los cuerpos de los muertos y los habían hecho devorar por los perros, lo que exigía una sangrienta reparación: el aniquilamiento, no sólo de los enemigos varones, sino de las mujeres; es decir, la total destrucción de la tribu. Bien pronto tuvieron ocasión de vengarse.

Un hombre blanco, buscador de oro y aventuras, deseaba contratar algunos indios como guías para que le llevaran, á través de los bosques, desde Harberton hasta la costa del Atlántico. Anikin y muchos hombres de su tribu demostraron el mayor interés en que fuera bien acompañado, en condiciones por demás económicas. El aventurero tenía una carabina Winchester, pero los indios opinaron que no les bastaría, pues, según decían, estaban entonces los bosques llenos de facinerosos.

Entonces fueron con él á un lugar situado en las cercanías de Harberton, y consiguieron que adquiriese algunas carabinas más, para distribuirlas entre su séquito.

Cuando llegaron al otro lado del lago de Fagnano,

aconsejaron los indios al aventurero que les aguardase con el equipaje, mientras ellos, con las carabinas, explorarían el terreno y cazarían de paso algunos guanacos. Cuando hubieron penetrado en el bosque, hicieron alto y se quitaron los zapatos de cuero de guanaco, como es costumbre entre ellos antes de comenzar la lucha. Modesto, que era el más joven de todos, se quedó para guardarlos.

Mientras tanto, el grupo destacado avanzó sigilosamente, sorprendiendo al enemigo en sus guaridas. El resultado de la lucha no podía menos, en estas condiciones, de ser favorable á los asaltantes.

Los tiros menudeaban y las flechas silbaban, y cuando terminó la lucha quedaron once muertos, entre hombres, mujeres y niños, en el campo de batalla; pero también el séquito de Anikin tenía sus muertos y heridos.

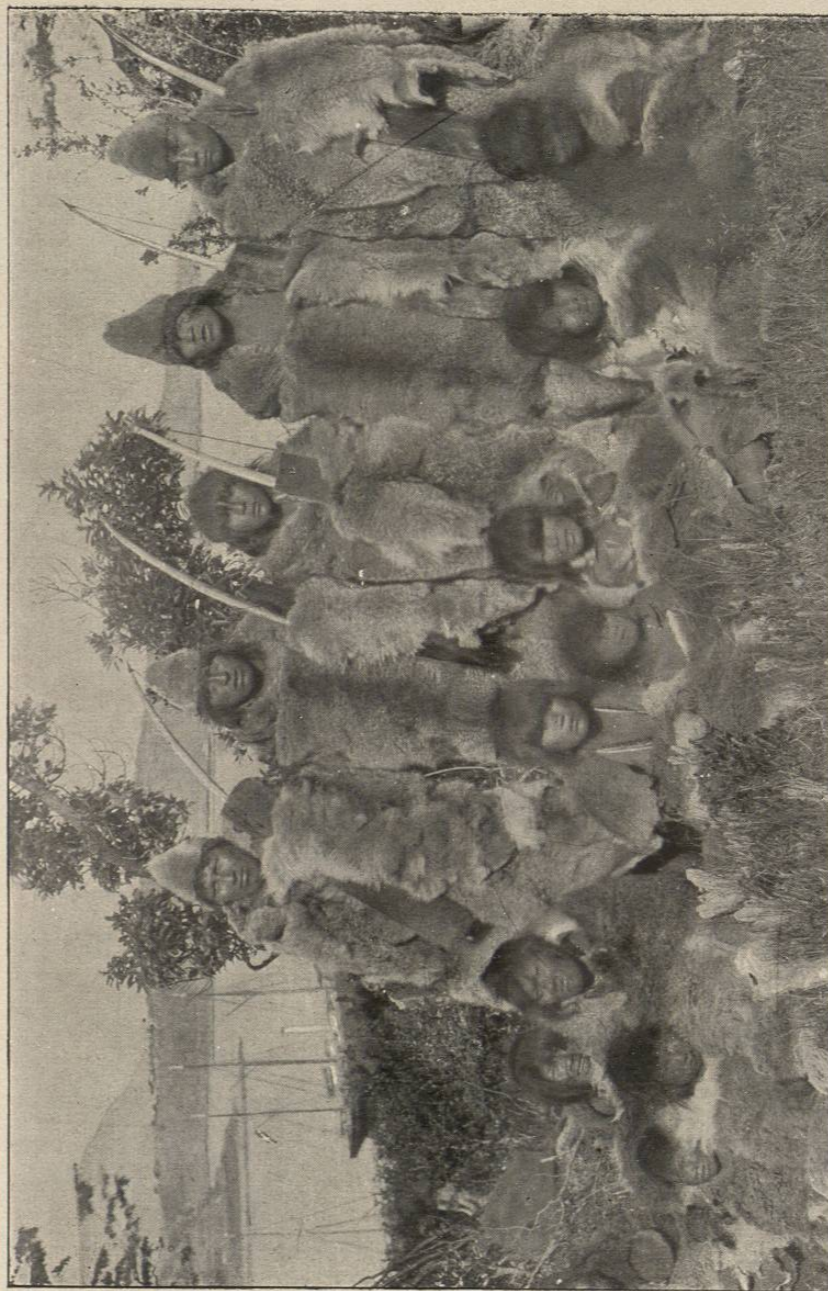
Esto había ocurrido medio año antes de mi llegada á Harberton, y la hazaña había adquirido mucha resonancia. Los indios fueron castigados por los hermanos Bridges, imponiéndoles pesados trabajos. Antes de presentarse en la colonia habían vagado algún tiempo por los bosques, temerosos de las represalias por parte de los enemigos supervivientes.

A pesar de tan sanguinarios precedentes, nada me preocupaba viajando en compañía de Anikin y Modesto. La remuneración, que se había fijado en dos chelines ingleses para cada uno, serían pagados por mister Bridges, y quedó convenido que se efectuaría á nuestro regreso si me mostraba satisfecho de su comportamiento. Mister Bridges les hizo comprender que podían perderlo todo y no ganar nada si me hacían traición. Si hubieran

tenido la torpe idea de agredirnos á Wengersgaard y á mí para coger nuestras armas y equipo, estaban persuadidos de que semejante cosa tendría graves consecuencias.

Anikin no podría volver más cerca de sus mujeres, que quedaron retenidas en Harberton como rehenes para seguridad nuestra, ni Modesto podría reunirse á su madre, que también había quedado allí. Además, se convino en que, al cabo de cierto tiempo, debía salir mister Bridges en busca nuestra con sus trabajadores blancos. Anikin y Modesto tenían en los bosques demasiados enemigos para prescindir de la colonia, y sabían por experiencia que mister Bridges Despard, aun cuando era el más bondadoso de los tres hermanos, se mostraba inexorable cuando se trataba de castigar. Por todo esto no había nada que temer por parte de los dos guías.

En cambio, era más difícil de prever lo que pasaría si encontrábamos alguno de sus enemigos en los bosques. Para este caso confiaba en que la fortuna nos favorecería, pues contábamos con magníficas pistolas mauser y un buen fusil, que Wengersgaard manejaba diestramente.



Grupo de indios Onca.